

Resistencias, luchas y alternativas obreras en la Argentina, 1966-1976

Agustín Santella¹
Laufer, Rodolfo²

Resumen

En la larga década de los sesenta y setenta crecientes sectores de trabajadores cuestionaron tanto a las estructuras y direcciones sindicales como a las formas de organización social vigentes en sus luchas, movimientos e ideas. En este proceso se plantearon ideas alternativas de sociedad, con diversas imágenes e ideologías, y en relación con variadas estrategias políticas. Es difícil mensurar el grado de la radicalización obrera mencionada, y de hecho la investigación no ha realizado aún un registro completo de los casos a nivel nacional. Esta ponencia se propone analizar las alternativas a la hegemonía que surgieron en los trabajadores en este período de la historia Argentina. Nos basamos centralmente en las producciones realizadas hasta el momento en las ciencias sociales y en nuestras propias investigaciones. Partiendo de que estamos frente a un período de formación de alternativas sociales y políticas, nos preguntamos en particular acerca de su contenido en un doble aspecto. Por un lado: ¿cuándo y por qué los trabajadores cuestionaron a sus dirigentes sindicales? ¿Hasta dónde o quienes se extendió esta crisis de representación? Por otro lado: ¿este cuestionamiento significó asimismo una crítica del sistema político y social de conjunto? Estas preguntas nos las hacemos buscando aquellos elementos de cuestionamiento del pensamiento hegemónico desde los sectores populares y los trabajadores en particular. Nos movemos en la presunción más amplia sobre la constitución de formas de pensamiento alternativo a las clases dominantes en las prácticas obreras de lucha colectiva en estos años.

¹ CONICET, IIGG, UBA

² FFyL, UBA

Resistencias, luchas y alternativas obreras en la Argentina, 1966-1976

Introducción

En la larga década de los sesenta y setenta crecientes sectores de trabajadores cuestionaron tanto a las estructuras y direcciones sindicales como a las formas de organización social vigentes en sus luchas, movimientos e ideas. En este proceso se plantearon ideas alternativas de sociedad, con diversas imágenes e ideologías, y en relación con variadas estrategias políticas. Es difícil mensurar el grado de la radicalización obrera mencionada, y de hecho la investigación no ha realizado aún un registro completo de los casos a nivel nacional.

Esta ponencia se propone analizar las alternativas a la hegemonía que surgieron en los trabajadores en este período de la historia Argentina. Nos basamos centralmente en las producciones realizadas hasta el momento en las ciencias sociales y en nuestras propias investigaciones. Partiendo de que estamos frente a un período de formación de alternativas sociales y políticas, nos preguntamos en particular acerca de su contenido en un doble aspecto. Por un lado: ¿cuándo y por qué los trabajadores cuestionaron a sus dirigentes sindicales? ¿Hasta dónde o quienes se extendió esta crisis de representación? Por otro lado: ¿este cuestionamiento significó asimismo una crítica del sistema político y social de conjunto? Estas preguntas nos las hacemos buscando aquellos elementos de cuestionamiento del pensamiento hegemónico desde los sectores populares y los trabajadores en particular. Nos movemos en la presunción más amplia sobre la constitución de formas de pensamiento alternativo a las clases dominantes en las prácticas obreras de lucha colectiva en estos años.

En el análisis de los casos de las luchas radicalizadas identificamos distintos niveles. En primer lugar debemos mencionar los grandes eventos de la luchas de clases, los denominados “azos”, desde el primer Cordobazo de 1969 hasta la huelga general de junio-julio de 1975. En segundo lugar, las luchas al nivel de bases en establecimientos o zonas. En tercer lugar, las organizaciones y direcciones alternativas, tales como la CGTA, los sindicatos conquistados por listas combativas (como SITRAC-SITRAM, SMATA Córdoba o UOM Villa Constitución) o las Coordinadoras Interfabriles en 1975.

En esta ponencia hemos suprimido, por razones de espacio, los apartados sobre el estado del arte y el período histórico, que se encuentran desarrollados en un trabajo en prensa (Laufer y Santella, 2015).

Grandes eventos

Un primer nivel de observación refiere a lo que podemos denominar como grandes eventos, esto es: acciones obreras y populares a gran escala, con participación masiva, métodos de lucha de acción directa y en las que los trabajadores tuvieron un protagonismo destacado. En este punto podemos diferenciar dos grandes momentos: por un lado los conocidos como “azos”, las rebeliones obreras y populares que se sucedieron en el período 1969-1972, bajo los distintos turnos dictatoriales de la “Revolución Argentina”; por otro lado las huelgas obreras generalizadas a mediados de 1975, bajo el gobierno peronista.

En cuanto a los “azos”, si bien esta definición abarca una gran cantidad de hechos ocurridos en Córdoba, Rosario, Corrientes, Tucumán, Mendoza y otros puntos del interior

del país, desde el punto de vista que tomamos en este artículo nos interesa destacar los dos transcurridos en la ciudad de Córdoba y el segundo Rosariazo. Para la descripción de estos tres eventos nos basamos centralmente en Balvé y Balvé (2005), Balvé et. al. (2006) y Brennan (1996). Mientras que el conjunto de los denominados “azos” muestran una heterogeneidad de detonantes, estrategias políticas y sectores sociales unificados contra la dictadura, estos comparten la característica común de tener una destacada participación y dirección de la clase obrera organizada. En los tres casos el detonante fueron conflictos obreros, las organizaciones sindicales cumplen un rol fundamental y dirigente en la convocatoria a las acciones y la propia dinámica de las rebeliones tiene importantes componentes de carácter obrero.

El Cordobazo del 29 de mayo de 1969 tuvo como detonante los conflictos obreros en tres sectores fundamentalmente: los metalúrgicos por la derogación de las quitas zonales, los trabajadores del transporte por reivindicaciones de antigüedad y los obreros metalmeccánicos contra la supresión del sábado inglés. Estos últimos protagonizaron el 14 de mayo un enfrentamiento callejero contra las fuerzas de seguridad, a partir de la represión a una masiva asamblea convocada por el SMATA cordobés. La jornada del 29 de mayo combinó la radicalización de las bases obreras con la coordinación al nivel de las direcciones de los sindicatos agrupados en las seccionales locales de la CGT de los Argentinos y de la CGT Azopardo, que resolvieron adelantar y hacer activo el paro nacional convocado por ambas CGT para el 30 de mayo. El 29 se inició a la mañana con las columnas obreras organizadas desde los sindicatos, junto con la participación estudiantil, y tras la represión policial se transformó en un estallido obrero y popular generalizado que desbordó a las fuerzas policiales y ocupó gran parte de la ciudad.

El segundo Rosariazo, en septiembre de 1969, se produce en la nueva situación abierta por el Cordobazo. En este caso tienen un rol destacado como detonante los obreros ferroviarios organizados en la Unión Ferroviaria, que inician acciones de protesta frente a las sanciones por su participación en las jornadas nacionales de lucha de los meses previos. Ante la ofensiva gubernamental, el conflicto se generaliza con la convocatoria de la CGT unificada de Rosario a un paro general de 36 horas, con movilización y concentración para el 16 de septiembre. Ese día se organizan columnas desde los lugares de trabajo y se producen fuertes enfrentamientos con las fuerzas de seguridad, que se prolongan hasta la medianoche del 17.

El denominado “Vivorazo”, o segundo Cordobazo, sucede en marzo de 1971, saliendo del ciclo de “azos” de 1969 en el que se agrupan los dos anteriores. En este caso, en la organización aparece la disputa entre una Comisión de Lucha designada en un plenario de la CGT local y los sindicatos de Fiat, SITRAC y SITRAM: una corriente sindical clasista por primera vez juega un rol activo en los “azos”. Las motivaciones inmediatas del conflicto agrupan una serie de reivindicaciones obreras acumuladas, pero fundamentalmente el repudio a la designación como Gobernador interventor de José Camilo Uriburu. Tras la jornada de tomas fabriles y el Ferreyrazo del 12 de marzo, el día 15 se realiza un paro total de actividades. Las columnas obreras se movilizan al centro, donde se realiza un acto, mientras otros grupos toman la central eléctrica de la ciudad en Villa Revol. La jornada se continúa en ocupaciones de los barrios y enfrentamientos con las fuerzas del orden. El resultado es la renuncia del Gobernador interventor.

Descriptos los principales rasgos de estos tres “azos”, corresponde analizar una serie de elementos comunes que nos permiten sostener que estas protestas expresaron, en mayor o menor medida, un cuestionamiento a las estructuras y direcciones sindicales y al régimen

vigente. En los tres casos la masa principal movilizada estuvo constituida por la clase obrera, y a su vez fueron sus organizaciones sindicales las que adoptaron un rol dirigente del movimiento, que sumó a otros sectores sociales, en particular a los estudiantes. El hecho de que Córdoba y Rosario fueran dos lugares en los que en 1968 la mayoría o importantes sindicatos habían adherido a la CGT de los Argentinos, muestra cierto grado de enfrentamiento con las direcciones sindicales hegemónicas, aunque en las puebladas de 1969 también participaron sectores del movimiento obrero alineados con la CGT Azopardo, que en esa coyuntura se volcó a la oposición al régimen dictatorial de Onganía. A su vez, en el caso del Vivorazo aparece como novedad que el movimiento obrero organizado está protagonizado por dos tendencias principales: la alianza de sectores peronistas e independientes, y la naciente tendencia clasista expresada por las direcciones de SITRAC y SITRAM. El mantenimiento de la dirección de importantes sectores del movimiento obrero por parte de las viejas direcciones burocráticas marca los límites de la radicalización obrera.

En cuanto a los repertorios de lucha, en los tres casos tienen características específicamente obreras. Estos combinan la huelga general con la movilización de columnas organizadas por sindicato desde los lugares de trabajo, y en algunos casos con la toma de fábricas. El enfrentamiento directo con las fuerzas de seguridad en la lucha callejera, por fuera de los aparatos burocráticos institucionales, expresa un importante grado de radicalización del antagonismo con el Gobierno dictatorial y el régimen estatal (Balvé y Balvé, 2005). Al mismo tiempo, las motivaciones reivindicativas estaban explícitamente articuladas con una oposición generalizada a la dictadura militar y sus políticas económicas y sociales, y los discursos obreros apelaban a un “cambio de estructuras” nacional. Esto se plasmó en la herida de muerte sufrida por Onganía tras las puebladas de mayo de 1969 y en el enfrentamiento directo con el interventor de Córdoba y su inmediata caída en el Vivorazo.

Las huelgas de junio y julio de 1975 se produjeron en una situación política diferente a la de los “azos”, y constituyeron la principal acción de lucha a gran escala producida por el movimiento obrero bajo el tercer gobierno peronista, así como la primera huelga general contra un gobierno de este signo. El marco general estuvo dado por la debilidad política del Gobierno de Isabel Perón, con sectores de las clases dominantes ya proyectando su reemplazo por vía institucional o militar, por los resultados de la ofensiva gubernamental contra las expresiones opositoras y combativas en el movimiento obrero y la izquierda, los efectos de la crisis económica internacional y las políticas aplicadas por el Gobierno con la designación de Celestino Rodrigo en el Ministerio de Economía.

Con la reapertura de las negociaciones paritarias en marzo de 1975, tras dos años de suspensión por la vigencia del Pacto Social, se inició la disputa entre el Gobierno y el sindicalismo en torno al porcentaje de aumentos salariales. El detonante del conflicto se produce con la asunción de Rodrigo, que decreta una serie de medidas económicas que incluyeron una fuerte devaluación y aumentos en las tarifas de servicios públicos, lo que diluyó los acuerdos salariales alcanzados hasta el momento. En esta situación se desatan movilizaciones obreras en las principales zonas industriales del país, sobrepasando a las direcciones sindicales. La CGT logra la liberación de las negociaciones colectivas y los acuerdos llegan a un promedio del 160%, iniciándose el reclamo por su homologación gubernamental, que incluyó una multitudinaria movilización a Plaza de Mayo el 27 de junio. Cuando el Gobierno decide anular los acuerdos y dar un aumento uniforme, los obreros paralizan el trabajo durante prácticamente una semana, se generalizan las movilizaciones en distintos puntos del país y crecen las Coordinadoras Interfabriles en

paralelo a la estructura sindical tradicional. Finalmente, con la huelga general del 7 de julio culmina el conflicto, logrando la homologación de los convenios y la renuncia de los ministros Rodrigo y López Rega (Cotarelo y Fernández, 1998; Lobbe, 2009; Werner y Aguirre, 2007).

Como se puede observar, en este caso la lucha tuvo un contenido, una composición y una forma más específicamente obrera y sindical. El movimiento se desarrolló centralmente en los cordones industriales del Gran Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, y se inició desde las bases, con un importante peso de corrientes combativas y de izquierda, presionando y en muchos casos desbordando a las direcciones sindicales hegemónicas. La mayor expresión de esto fue la constitución de Coordinadoras obreras que en ciertas zonas se configuraron como dirección efectiva del proceso. A su vez, las cúpulas sindicales de los principales gremios y la CGT lograron mantener la dirección del conflicto y en gran medida contenerlo y canalizarlo, manteniendo un discurso pro-gubernamental. El saldo de la lucha tuvo un componente económico, con el triunfo de las reivindicaciones salariales, y uno político, ya que si bien no significó una ruptura total con el Gobierno peronista, exigió y logró la renuncia de Rodrigo y López Rega, los personajes más resistidos por el movimiento obrero.

Organizaciones

Durante el período analizado se configuraron una importante cantidad de alternativas en lo que hace a las organizaciones del movimiento obrero. Si bien la dirección de los sectores mayoritarios de los trabajadores continuó bajo las cúpulas sindicales tradicionales (Pegoraro, 1979), y a su vez hacia fines de estos años estas lograron sofocar por distintas vías las principales expresiones opositoras que persistían, corresponde analizar el alcance y la significación que tuvo este fenómeno.

En este sentido, podemos señalar una primera distinción que adquirieron las formas en que se configuraron estas alternativas a nivel organizativo. Por un lado, al interior de las organizaciones sindicales constituidas, corrientes combativas o clasistas alcanzaron posiciones importantes. En otros casos, las trabas propias de la estructura sindical condujeron a la conformación de organizaciones paralelas o alternativas. En todos los casos el proceso conllevó, en mayor o menor medida, una democratización de la acción sindical, significando un mayor protagonismo de las bases obreras.

En un primer nivel, en cuanto a las grandes estructuras organizativas nacionales y regionales, se destaca la conformación de la CGT de los Argentinos en 1968. Esta constituye un caso particular, puesto que se inicia como la conquista por parte de tendencias sindicales combativas (principalmente peronistas pero también de sectores de la izquierda e independientes) de la dirección de la CGT en el Congreso Normalizador, eligiendo Secretario General a Raimundo Ongaro. Pero ante el desconocimiento por parte de las cúpulas sindicales tradicionales y de la dictadura de Onganía queda en los hechos como una organización en paralelo a la CGT Azopardo oficialmente reconocida (Dawyd, 2014). El programa del 1º de Mayo de 1968 de la CGT fustigaba “la entrega del patrimonio económico del país a los grandes monopolios norteamericanos y europeos”, criticaba “la estructura capitalista del país, fundada en la absoluta propiedad privada de los medios de producción”, destacando el “mensaje evangélico de que los bienes no son propiedad de los hombres” y llamaba a la lucha contra la Dictadura y los dirigentes sindicales “agentes de un Gobierno, de una oligarquía y de un imperialismo”. Finalizaba convocando “a todos los sectores, con la única excepción de minorías entregadoras y dirigentes corrompidos, a

movilizarse en los cuatro rincones del país para combatir de frente al imperialismo, los monopolios y el hambre”. Más allá del debate sobre el carácter de este programa, y de su debilidad, que se empezó a acentuar a fines de 1968 con el aval de Perón a Vandor para la reorganización de las 62 Organizaciones, la CGTA jugó un rol importante en la crisis y la oposición a las cúpulas sindicales hegemónicas en su momento, así como en alimentar los cuestionamientos posteriores.

También en las estructuras organizativas regionales se constituyeron expresiones alternativas. Dos casos destacados fueron la CGT de Córdoba y la denominada CGT Clasista de Salta. En el primer caso, la mayoría de los sindicatos y la CGT cordobesa se alinearon con la CGTA en 1968, con Agustín Tosco como figura destacada. Luego de una serie de reacomodamientos de las alianzas sindicales, en el año 1971 conquistó la dirección un frente entre el peronismo combativo de Atilio López y el sindicalismo de liberación de Agustín Tosco, a la que al año siguiente se incorporó el clasismo con René Salamanca. Esto duró hasta inicios de 1974, cuando junto con el Navarrazo que destituyó al Gobierno provincial de Obregón Cano y Atilio López, el sector ortodoxo del peronismo se apropió de la conducción de la CGT local en un congreso manipulado. En el caso de Salta, en julio de 1973, tras el triunfo de Cámpora en las elecciones nacionales, un sector del movimiento obrero salteño ocupa la CGT local, destituyendo en asamblea a su dirección y conformando una comisión provisoria para convocar nuevas elecciones. Tras el desalojo policial y la restauración de la vieja cúpula sindical, nace la CGT Clasista de Salta, encabezada por Armando Jaime, del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP).

En cuanto a las organizaciones sindicales locales, en este punto podemos mencionar algunos casos destacados. En la provincia de Córdoba cobró gran notoriedad la experiencia de los sindicatos de Fiat Concord y Materfer, SITRAC y SITRAM. En el curso de 1970, tras el Cordobazo, los obreros de ambas plantas destituyeron a las viejas conducciones sindicales propatronales y conquistaron mediante movilizaciones y tomas fabriles nuevas elecciones, triunfando en ambos casos conducciones expresivas de la radicalización de las bases. Con múltiples tendencias internas y un importante peso de corrientes de izquierda revolucionaria, configuraron lo que fue la experiencia más resonante del clasismo. Este proceso sería sofocado en octubre de 1971 mediante la acción represiva bajo el turno dictatorial de Lanusse. En la provincia mediterránea también fue muy importante, ya desde mediados de la década del 50, la conducción del sindicato de Luz y Fuerza encabezada por Agustín Tosco, dirigente del agrupamiento de sindicatos independientes locales y expresión de lo que este denominó “sindicalismo de liberación”. Luego de una larga serie de intervenciones al sindicato y prisiones para Tosco, a fines de 1974 la FATLYF y el Gobierno lanzan la ofensiva final contra Luz y Fuerza de Córdoba. En abril de 1972 los obreros metalmecánicos cordobeses votaron como dirección del SMATA provincial a la Lista Marrón encabezada por René Salamanca, expresión del Movimiento de Recuperación Sindical en donde confluyeron delegados y tendencias combativas y democráticas con una dirección clasista. La Lista Marrón fue reelecta en 1974, ya bajo el gobierno peronista, y solo pudo comenzar a ser sofocada mediante la intervención por parte del SMATA nacional en agosto de ese año.

Otro de los casos destacados fue el de la UOM de Villa Constitución, donde, tras el “Villazo” en marzo de 1974, a fines de ese año logró conquistar la seccional metalúrgica local la lista encabezada por Alberto Piccinini. Pocos meses después, en marzo de 1975, y tras una fuerte resistencia obrera y popular, las fuerzas de seguridad del Estado lograron sofocar este proceso. También la Federación Gráfica Bonaerense jugó un rol importante

durante este período, centralmente a través de la proyección nacional de su dirigente Raimundo Ongaro en la CGTA, a la que aportó su sede de Paseo Colón. La Lista Verde de Ongaro ganó en noviembre de 1966, expresando una corriente combativa, fuertemente antidictatorial y antivandorista en el sindicalismo peronista, que luego se fue radicalizando hacia las posiciones del peronismo revolucionario. Tras el retorno del peronismo al Gobierno, Ongaro y la FGB enfrentaron el Pacto Social, lo que culminó con el quite de la personería gremial y jurídica por parte del Ministerio de Trabajo a fines de 1975 y la intervención y liquidación del gremio, junto con la prisión de Ongaro.

A nivel de las organizaciones de base en las fábricas también se configuró una gran cantidad de alternativas, en Comisiones Internas, Cuerpos de Delegados, así como distintas comisiones de lucha, de las cuales reseñaremos algunos casos en el próximo apartado.

Una expresión de las organizaciones de base fabril fueron las Coordinadoras que se conformaron centralmente en el Gran Buenos Aires y la zona de La Plata, así como en otras provincias como Córdoba (Cotarelo y Fernández, 1998; Lobbe, 2009; Werner y Aguirre, 2007). Conformadas en el año 1975, cuando ya las cúpulas sindicales habían logrado sofocar mediante intervención y la represión gubernamental los principales focos sindicales opositores, las Coordinadoras se constituyeron como un híbrido entre la estructura sindical y nuevas formas organizativas. Agruparon Comisiones Internas, Cuerpos de Delegados y activistas fabriles que no ocupaban posiciones sindicales, e incluso algunas seccionales de Sindicatos. Contaron con una fuerte presencia de corrientes de izquierda, tanto peronista como marxista, con una mayor influencia de la Juventud Trabajadora Peronista (Montoneros). Con su momento de auge en las jornadas huelguísticas de mediados de 1975, posteriormente no lograron afirmarse como alternativa al sindicalismo hegemónico y cayeron bajo el peso de la desmovilización, la confusión política de la clase obrera y la represión. No hay una estimación global de la extensión de estas organizaciones de base alternativas, una tarea difícil por la ausencia de datos sistemáticos. Como indicador aproximado, Werner y Aguirre (2007: 549-552) registraron los participantes en las Coordinadoras del Gran Buenos Aires: las coordinadoras de Zona Norte, La Matanza, Zona Oeste y Zona La Plata representarían unos 120.470 trabajadores, mayormente obreros fabriles, siendo la de la Zona Norte la más numerosa. Los autores añaden datos acerca del peso estructural que en la economía tendrían estas representaciones obreras de las Coordinadoras: el 24% de las 100 primeras firmas del país tenían representantes sindicales en aquellas. Las coordinadoras hicieron dos reuniones nacionales en junio y julio de 1975, luego deliberaban al nivel regional.

Cabe destacar que estas organizaciones alternativas fueron derrotadas mediante la utilización de maniobras estatutarias de las organizaciones sindicales (como el caso de las intervenciones a seccionales), mediante maniobras gubernamentales (retiro de la personería gremial) o con la represión militar y paramilitar. En todos los casos, encontraron fuerte resistencia por parte de las bases obreras, lo que muestra un importante grado de consolidación.

Un último elemento fueron los intentos de coordinación a nivel nacional de organizaciones y tendencias obreras alternativas. Tras el asesinato de Vandor y la represión a lo que quedaba de la CGTA, a mediados de 1970 se realiza el Congreso de los Compañeros, del que participan solo dos sindicatos (FGB y Farmacia) junto con agrupaciones de base, conformándose a partir de ese momento más como una tendencia sindical del peronismo combativo que como una central sindical. En el mismo año Agustín Tosco promovió el Movimiento Nacional Intersindical, integrado por tendencias sindicales

comunistas, socialistas, radicales e independientes. En agosto de 1971 se realizó el Congreso de sindicatos combativos, agrupaciones clasistas y obreros revolucionarios convocado por SITRAC-SITRAM, que no logró constituir una coordinación nacional y su continuidad fue abortada por la represión de los sindicatos de Fiat. Luego del Villazo, las Comisiones Internas metalúrgicas de Villa Constitución convocaron al Plenario Anti-burocrático en abril de 1974, en el que participaron Tosco y Salamanca. En septiembre de 1974 se realizó un intento de constituir una Coordinadora de Gremios Combativos promovido por Ongaro y otros dirigentes con una reunión en Tucumán, lo que fue frustrado mediante la prohibición y la represión. Por último, las mencionadas reuniones nacionales de Coordinadoras zonales luego de las jornadas de junio y julio de 1975.

Bases y establecimientos

Posiblemente sea en los establecimientos fabriles donde se haya observado más la presencia de alternativas a la hegemonía capitalista y de los sindicatos oficiales en la clase obrera. La estimación cuantitativa de la actividad política en este nivel es quizá más difícil aún que en el conjunto de los otros niveles organizacionales. Un elemento característico que da cuenta de la radicalización obrera es la cuestión del control obrero, que hace a la organización del trabajo en la producción capitalista.

Tomaremos algunos casos emblemáticos: Perdriel de Córdoba, Acindar de Villa Constitución y Astarsa de la zona norte del Gran Buenos Aires. En el marco de las limitaciones de este ensayo, estos tres casos son representativos de distintos momentos y regiones de las expresiones obreras combativas: Perdriel, respecto del Cordobazo, Astarsa en relación a la apertura democrática y el ascenso del peronismo en 1973, pero también como fábrica que participa de las Coordinadoras de 1975, y Acindar también representa la radicalización posterior a 1973, aunque con presencia de corrientes políticas autónomas respecto del peronismo en el gobierno. Desde ya, un mapa integral de las luchas obreras debería incluir más regiones, pero también más situaciones políticas.

La matricería Perdriel, en Córdoba, era una fábrica de IKA-Renault, donde unos 500 obreros especializados se dedicaban a la construcción de máquinas-herramienta y matrices. Estaban representados sindicalmente por el SMATA Cordobés, que conducía el peronista vanderista Elpidio Torres (Laufer, 2015). Hacia 1967 comienza a gestarse en la planta un proceso de deliberación y democracia obrera, que fue adquiriendo posiciones cada vez más combativas contra las políticas de IKA-Renault, de la dictadura de Onganía y opositoras a la dirección del sindicato. Se organizan los “activistas de Perdriel”, que van ganando delegados y situándose como un núcleo de oposición combativo y clasista al torrismo, encabezando reclamos por condiciones de trabajo y teniendo desde la fábrica un rol importante en el Cordobazo. Un sector de los delegados y activistas de Perdriel, encabezados por Agustín Funes, se vincula e integra a las Agrupaciones Clasistas 1° de Mayo y el Partido Comunista Revolucionario. Es en 1970 cuando Perdriel se va a constituir claramente como el centro de la lucha obrera y la oposición a Torres en el SMATA cordobés. El 12 de mayo, a pocos días de cumplirse el primer aniversario del Cordobazo, ante el traslado de cuatro obreros a otra planta, dos de los cuales se perfilaban como delegados opositores, los obreros ocupan la fábrica. Toman como rehenes a 38 directivos de la empresa y rodean la planta con tanques de nafta, decididos a enfrentar y resistir cualquier intento de desalojo. Al tercer día de toma, extendiéndose la solidaridad entre los trabajadores y el pueblo de Córdoba, logran hacer ceder a la Dictadura, a la empresa

francesa y a la conducción del sindicato, obteniendo la reversión de los traslados. En una carta abierta balanceando el conflicto, los obreros se pronunciaban “dispuestos a jugar la vida en defensa de un principio tantas veces pisoteado: la democracia sindical” y en “rechazo a toda forma de opresión económica y social, en la búsqueda para instaurar un gobierno cuya cabeza y columna vertebral sea la clase obrera junto a otros sectores populares”. Posteriormente, a partir del ejemplo de Perdriel y ante las negociaciones paritarias, el 2 de junio del mismo año el Cuerpo de Delegados del SMATA Córdoba dispone la ocupación con rehenes de todas las plantas, entre ellas Perdriel. Dos días después, en un gigantesco operativo, la Guardia de Infantería desaloja la planta de matricería, donde los obreros resisten combatiendo durante una hora. Los delegados y dirigentes de la fábrica son encarcelados. En el resto de las plantas se levantan las tomas, iniciándose una huelga contra los despidos y por las reivindicaciones obreras. Tras 35 días de lucha, la huelga es finalizada y Torres negocia con las empresas el despido de 700 obreros, incluyendo a los principales referentes de la oposición y el clasismo. Hay 130 despidos en la matricería. A partir de ese momento un núcleo de trabajadores y delegados de Perdriel se sumarán a la construcción del Movimiento de Recuperación Sindical y la Lista Marrón, que en 1972 gana la conducción del SMATA cordobés.

Acindar era una fábrica metalúrgica localizada en Villa Constitución, al sur de la Provincia de Santa Fe cerca del límite con Buenos Aires. Empleaba en esos años unos 5.000 trabajadores, afiliados a la UOM (Santella y Andújar, 2007). Si bien cuenta con antecedentes importantes, desde 1969-1970 se inicia un proceso creciente de radicalización sindical y política. A fines de 1969 un conflicto se resuelve con el despido de parte la Comisión Interna, avalado por la UOM. En la Comisión Interna había activistas no alineados con el oficialismo sindical, simpatizantes de izquierda. Los trabajadores declaran una huelga temporalmente indeterminada que dura casi un mes. Esta huelga termina derrotada moralmente, debido a que los delegados despedidos aceptaron las millonarias indemnizaciones. Una nueva camada retoma la actividad sindical de modo clandestino. En 1972 estos delegados conquistaron la mayoría en Acindar, ganando la Comisión Interna. Esta nueva Comisión Interna contará con el apoyo interno de nuevos militantes de izquierda de formaciones como el Partido Revolucionario de los Trabajadores y la Organización Comunista Poder Obrero. Esto implicaba un enfrentamiento duro con el oficialismo seccional y nacional de la UOM, quienes sin embargo se encontraban divididos internamente. Esto se relaciona con una intervención de la seccional por parte de la directiva nacional. Retornado Perón al gobierno, con la seccional intervenida, no se renovaron democráticamente las autoridades, cuando sí lo hicieron la mayoría de las seccionales del país. Esto motivó un nuevo conflicto. Trabajadores de Acindar y otras fábricas se dirigieron al local de la Seccional para reclamar elecciones gremiales. Las autoridades sindicales lograron calmar las demandas prometiendo soluciones, confiando en la autoridad de Perón. Pero en febrero de 1974 los vanderistas provocaron una gresca dentro de Acindar, por denunciar a la Comisión Interna como “marxista comunista”. Esto provocó una huelga, que se extendió a las demás metalúrgicas de la zona, con ocupaciones de fábrica con rehenes que duraron dos semanas. Los obreros rodearon el perímetro con tanques de gasolina ante el posible desalojo por la fuerza policial. La protesta sumó la solidaridad de sectores populares de la ciudad, con demostraciones únicas hacia la plaza. El gobierno cedió a los reclamos, presionando a un acuerdo con la UOM, en el que se prometieron elecciones gremiales. En el balance de lo acontecido, el Comité de Lucha sostuvo: “A la lucha de los obreros contra la explotación de los patrones que se adueñan de

la riqueza producida por nuestro trabajo; se suma entonces la lucha por la recuperación de los sindicatos, que tienen que servir para la defensa del salario, de las condiciones de trabajo y de vida y como un instrumento más de la liberación de los trabajadores”. Al realizarse las elecciones, la oposición de las bases ganará en noviembre de 1974 la seccional Villa Constitución. En el programa de la Lista Marrón se incluía el reclamo de “control obrero de la seguridad y salubridad industrial”. El gobierno nacional ordena la represión en marzo de 1975, ocupando policial y para-militarmente la ciudad, deteniendo a la seccional flamante y centenares de activistas. Los trabajadores realizaron una huelga durante dos meses en resistencia, pero volvieron al trabajo sin lograr la liberación de sus compañeros. Esta huelga además concitó una gran solidaridad popular y enfrentamientos de masas, incluyendo el uso de violencia de parte de las formaciones guerrilleras, las cuales habían crecido en influencia entre los activistas sindicales.

Astarsa era un astillero con 1.500 obreros metalúrgicos y navales, ubicado en el partido de Tigre de la Provincia de Buenos Aires (Lorenz, 2007). En los años sesenta hubo conflictos fuertes, orientados desde el mismo Sindicato de Obreros de la Industria Naval, cuando el vanguardismo tenía una actitud ofensiva. En 1970, trabajadores jóvenes formaron una agrupación sindical para disputar la orientación del Sindicato. En 1973, ya con Héctor Cámpora en el Gobierno, la muerte de un trabajador por un accidente laboral encendió la mecha de un conflicto laboral, con la toma del astillero. Los obreros enviaron un telegrama al Presidente Cámpora que decía: “Solicitamos intervención urgente conflicto Astarsa originado compañero nuestro quemado. Fábrica tomada con rehenes. Confiamos gobierno popular. Comisión Obrera Astarsa. 31-5-1973” (Lorenz, 2007: 75). Finalmente consiguieron sus demandas, como el control de las condiciones de salud e higiene por parte de los delegados. Esto a pesar que había otro sector de la planta que era metalúrgico, con filiación en la UOM. Las condiciones de trabajo eran un problema fundamental, dado el elevado número de accidentes. Un cartel de los trabajadores en la ocupación decía: “queremos ser Astillero y no matadero”. El cuerpo de delegados estaba orientado por la Agrupación combativa (primero llamada Marrón, luego Alessio, en homenaje al trabajador muerto en el accidente que provocó la toma). Esta agrupación tenía influencia de la izquierda peronista, y decidirá más tarde incorporarse a la Juventud Trabajadora Peronista (JTP), frente sindical de Montoneros. Durante los años posteriores se incrementaron los enfrentamientos armados entre activistas del Astillero y el aparato represivo ilegal de la Triple A, en combinación con la acción violenta del mismo Sindicato sobre los activistas. Los trabajadores de Astarsa participaron de las movilizaciones durante la huelga general de junio-julio de 1975 y asimismo el cuerpo de delegados tendrá una actividad destacada en la Coordinadora de Gremios en Lucha de la zona norte, integrando su Mesa provisoria regional. Paulatinamente debilitada por los asesinatos y el terrorismo estatal y paraestatal, la dirección sindical combativa del Astillero se mantuvo hasta el golpe militar del 24 de marzo de 1976.

Esta pequeña muestra de tres casos no agota las posibilidades de observación sobre la radicalización obrera en establecimientos, pero nos permite dar cuenta de algunas de ellas. A modo de síntesis, podemos señalar algunos elementos distintivos. Vemos la acción política de distintas corrientes que se reivindicaban revolucionarias: marxistas maoístas (PCR), marxistas obreristas y guevaristas (OCPO y PRT) o autoidentificadas peronistas (Montoneros). La cuestión de la democracia sindical y las condiciones de trabajo aparecen en todos los casos como fundamentales. Las ocupaciones fabriles con rehenes y el uso de violencia defensiva por parte de los trabajadores también son extendidas. En los dos casos

del período 1973-1976 se observa la dinámica de violencia política propia del período, afectando de manera central lo que ocurriese dentro de los lugares de trabajo. Desde la problemática del nivel de cuestionamiento del sistema capitalista, estos casos no muestran la realización de experiencias de control obrero, que en sentido estricto hace referencia al control de la producción por parte de los trabajadores. Las experiencias narradas se acercan a lo sumo a la demanda de control de ciertos aspectos del proceso de trabajo, en particular en lo que hace a la vigilancia de las condiciones de salubridad y peligrosidad de las tareas (Astarsa).

Otro aspecto interesante que se observa, de manera coherente con la periodización señalada anteriormente, es el cambio que se produce en la relación de los trabajadores combativos con el gobierno, comparando el período dictatorial y el Gobierno peronista. El regreso del peronismo al poder trajo nuevas contradicciones a la radicalización obrera. Si los obreros de Perdiel se enfrentaron a una dictadura, los de Acindar y Astarsa lo hicieron a un gobierno por el que habían votado. En el caso de Astarsa la contradicción es más explícita, pero no está ausente en Acindar.

Conclusiones

A lo largo de este ensayo nos hemos propuesto seguir en líneas gruesas los rumbos de la contestación de los trabajadores frente a las formas de organización social vigentes y a las estructuras y direcciones sindicales integradas al sistema de modo subalterno, manteniendo el recorte temporal del decenio 1966-1976.

La mención de las alternativas contestarías capta una variedad significativa de opciones ideológicas, políticas y prácticas de organización y lucha. Hemos construido observaciones en tres niveles analíticos a los efectos de una descripción del proceso de radicalización en la clase trabajadora. A la vez, nos hemos servido de las interpretaciones reseñadas en la primera parte del ensayo, para ponderar distintos aspectos en torno de las hipótesis planteadas.

En torno de los grandes eventos, hemos visto que los que suceden desde 1969 a 1972 muestran las mayores expresiones de combatividad, en particular en relación a los repertorios de lucha. El caso más significativo de un evento de masas en el período posterior es la huelga general de junio y julio de 1975. Pero se nota un cambio importante, tanto en las formas de acción colectiva como en el tipo de demandas, ahora dirigidas en mayor medida dentro del marco de las relaciones laborales, con el agregado político referido a una impugnación del ala del gobierno representada por López Rega, identificado con la represión ilegal.

Cuando dirigimos la mirada a las organizaciones, esto nos permite en primer lugar identificar un importante avance de expresiones político-sindicales contrarias a las cúpulas sindicales burocráticas, lo que se expresó en sus acciones y en ciertas formulaciones ideológicas discursivas. Así, vemos que la experiencia de la CGT de los Argentinos expresó una política antidictatorial y un discurso antimonopólico y crítico del capitalismo, fundamentado con elementos peronistas, marxistas y cristianos. Este caso es posiblemente el ejemplo más firme de la ambigüedad política e ideológica que adquirieron las alternativas nacionales de la clase trabajadora en el campo sindical en el decenio analizado. El resto de las expresiones organizativas alternativas se constituyó a nivel local, regional o como corrientes político-sindicales con cierto alcance. Pero en términos globales las corrientes alternativas radicalizadas no lograron rivalizar con la hegemonía nacional de las

estructuras y cúpulas sindicales.

Desde ya, esto no disminuye la radicalidad de las confrontaciones contra el Estado, el régimen social y las direcciones sindicales, particularmente en las fábricas, como hemos intentado ejemplificar en los casos de Perdriel, Acíndar y Astarsa. Si bien hubo ejemplos de un discurso alternativo articulado, es en las formas de acción donde seguramente encontraremos la mayor evidencia de esta radicalidad en el período.

Sin datos globales disponibles, cuya construcción es aún una cuenta pendiente de la historiografía, hemos buscado señalar asimismo que esta radicalización alcanzó a una fracción significativa de los trabajadores, en una fuerte lucha al interior de la clase trabajadora por la hegemonía de distintos proyectos políticos de sociedad.

Bibliografía

- Balvé, Beba y Balbé, Beatriz (2005), *El 69. Huelga política de masas. Rosariazo-Cordobazo-Rosariazo*, Buenos Aires, RyR.
- Balvé, Beba et. al. (2006), *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)*, Buenos Aires, RyR.
- Brennan, James P. (1996), *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Brennan, James y Gordillo, Mónica (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización*, La Plata, Ediciones de La campana.
- Cotarelo, María Celia y Fernández, Fabián (1998), "Huelga general con movilización de masas, junio y julio de 1975", *Documento de Trabajo N° 13, Pimsa*, Buenos Aires.
- Dawyd, Darío (2014), "El sindicalismo peronista durante el Onganiato. De la CGT de los Argentinos a la reorganización sindical (1968-1970)", *Sociohistórica*, N° 33, UNLP.
- Laufer, Rodolfo y Santella, Agustín (2015), "Resistencias, luchas y alternativas obreras en la Argentina, 1966-1976", en Biagini, Hugo E. (comp.), *El pensamiento alternativo en la Argentina del Siglo XX*, Vol 3, Bs. As., Ed. Biblos, en prensa.
- Laufer, Rodolfo (2015), "El clasismo en el SMATA Córdoba. Ocupaciones fabriles, democracia sindical e izquierda clasista: la toma de la matricería Perdriel, mayo de 1970", *Estudios del Trabajo*, ASET, Bs. As., en prensa.
- Lobbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires, RyR.
- Lorenz, Federico (2007), *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre*, Buenos Aires, Norma.
- Pegoraro, Juan (1979), "Conflictos Laborales en Argentina 1973-76" en *Cuadernos de Marcha*, N° 2, México DF.
- Santella, Agustín y Andújar, Andrea (2007), *El Perón de la fábrica éramos nosotros. Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución. 1970-1976*, Buenos Aires, Desde el subte.
- Werner, Ruth y Aguirre, Facundo (2007), *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires, IPS.